

de una jornada pequeña, y habiendo dejado á retaguardia de aquél la segunda brigada de caballería, compuesta de poco más de 300 hombres, para que en lo posible lo hostilizara, me situé, como llevo dicho, en Puebla. En el acto dí mis órdenes para poner en un regular estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar las fortificaciones de la plaza, que hasta entonces estaban descuidadas.

“Al amanecer del día 4 ordené al distinguido general C. Miguel Negrete, que con la segunda división de su mando, compuesta de 1,200 hombres, lista para combatir, y á su mando, ocupara los expresados cerros de Guadalupe y Loreto, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña. El mismo día 4 hice formar de las brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid, tres columnas de ataque, compuestas: la primera de 1082 hombres, la segunda de 1000, y la última de 1020 toda infantería, y además una columna de caballería con 550 caballos, que mandaba el C. general Antonio Alvarez, designando para su dotación una batería de batalla. Estas fuerzas estuvieron formadas en la plaza de San José hasta las doce del día, á cuya hora se acuartelaron. El enemigo pernoctó en Amozoc.

“A las cinco de la mañana del memorable día 5 de Mayo, aquellas fuerzas marchaban á la línea de batalla que había yo determinado, y verá Ud. marcado en el croquis adjunto: ordené al C. comandante general de artillería, coronel Zeferino Rodríguez, que la artillería sobrante la colocara en la fortificación de la plaza, poniéndola á disposición del C. Comandante militar del Estado, General Santiago Tapia.

“A las diez de la mañana se avistó el enemigo, y después del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus columnas de ataque, una hacia el cerro de Guadalupe, compuesta como de 4000 hombres con dos baterías, y otra pequeña de 1000 amagando nuestro frente. Este ataque, que no había previsto, aunque conocía la audacia del ejército francés, me hizo cambiar mi plan de maniobras y formar el de defensa, mandando en consecuencia, que la brigada Berriozábal á paso veloz, reforzara á Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo de Carabineros á caballo fuera á ocupar la izquierda de aquellos, para que cargara en el momento oportuno. Poco después mandé al bata-

llón Reforma de la brigada Lamadrid, para auxiliar los cerros que á cada momento se comprometían más en su resistencia. Al batallón de Zapadores de la misma brigada le ordené marchase á ocupar un barrio que está casi á la falda del cerro, y llegó tan oportunamente, que evitó la subida á una columna que por allí se dirigía al mismo cerro, trabando combates casi personales. Tres cargas bruscas efectuaron los franceses, y en las tres fueron rechazados con valor y dignidad; la caballería situada á la izquierda de Loreto, aprovechando la primera oportunidad, cargó bizarramente, lo que les evitó reorganizarse para nueva carga.

“Cuando el combate del cerro estaba más empeñado, tenía lugar otro no menos reñido en la llanura de la derecha que formaba mi frente.

“El C. General Díaz, con dos cuerpos de su brigada, uno de Lamadrid con dos piezas de batalla y el resto de la de Alvarez, contuvieron y rechazaron á la columna enemiga que también con arrojo marchaba sobre nuestras posiciones: ella se replegó hacia la hacienda de San José, donde también lo habían verificado los rechazados del cerro, que ya de nuevo organizados se preparaban únicamente á defenderse, pues hasta habían claraboyado las líneas, pero yo no podía atacarlos, porque derrotadas como estaban, tenían más fuerza numérica que la mía: [1] mandé, por tanto, hacer alto al C. general Díaz, que con empeño y bizarría los siguió, y me limité á conservar una posición amenazante.

“Ambas fuerzas beligerantes estuvieron á la vista hasta las siete de la noche, que emprendieron los contrarios su retirada á su campamento de la hacienda de los Alamos, verificándolo poco después la nuestra á su línea.

“La noche se pasó en levantar el campo, del cual se recogieron muchos muertos y heridos del enemigo, y cuya operación duró todo el día siguiente, y aunque no puedo decir el número exacto de pérdidas de aquél, si aseguro que pasó de mil hombres entre muertos y heridos (2) y ocho á diez prisioneros.

(1) No es exacta tal aseerción: los mexicanos eran 12,000 mientras los franceses eran 6,000 solamente.

(2) Zaragoza aumentó en más del doble la cifra verdadera.

“Por lo demás me parece recomendar á Ud. el comportamiento de mis valientes compañeros; el hecho glorioso que acaba de tener lugar, patentiza su brío, y por sí sólo los recomienda.”

“El ejército francés se ha batido con mucha bizarría; su general en jefe se ha portado con torpeza en el ataque.”

“Las armas nacionales, C. Ministro, se han cubierto de gloria, y por ello felicito al primer magistrado de la República por el digno conducto de Ud., en el concepto de que puedo afirmar con orgullo, que ni un sólo momento volvió la espalda al enemigo el ejército mexicano, durante la larga lucha que sostuvo.”

“Indicaré á Ud. por último, que al mismo tiempo de estar preparando la defensa del honor nacional, tuve la necesidad de mandar á las brigadas O’ Horán y Carbajal, á batir á los faciosos que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros, cuya circunstancia acaso libró al enemigo extranjero de una derrota completa, y al pequeño cuerpo de ejército de Oriente de una victoria que habría inmortalizado su nombre.”

“Al rendir el parte de la gloriosa jornada del día 5 de este mes, adjunto el expediente respectivo, en que constan los pormenores y detalles expresados por los jefes que á ella concurren.”

“Libertad y Reforma. Cuartel general en Puebla, á 9 de Mayo de 1862.—I. Zaragoza.—C. Ministro de la Guerra.—México.”

El informe de Zaragoza revela ingenuamente la embriaguez de un triunfo inesperado. Tal es su gozo que duplica las cifras del ejército francés y de sus pérdidas, al mismo tiempo que aminora las de su propio ejército. Errores naturales y aun excusables: era tan escasa su esperanza de vencer y lo era también la de aquellos que le rodeaban, que llega hasta afirmar con orgullo que el ejército mexicano no volvió ni una vez la espalda al enemigo. Se nota que está tan alegre como sorprendido.

Zaragoza calumniaba al ejército mexicano. Los soldados mexicanos distan de ser cobardes: les basta estar bien mandados y bien dirigidos, y entonces no les falta valor. En los años subsiguientes habrían de probarlo en más de un encuentro.

El juicio que Zaragoza formula acerca del general Lorencez es severo; pero quizás es también justo. En todo caso carece

del alcance que podría atribuírle. Supongamos que el comandante en jefe hubiera tomado las mejores disposiciones; supongamos que su ataque hubiera sido coronado por el éxito: supongamos que á viva fuerza se hubiera apoderado de Puebla. ¿Mejora por eso la situación? Haciendo á un lado el prestigio de sus armas que en lugar de disminuir habríase aumentado, debemos reconocer que no. ¿Qué hubiera sido del pequeño cuerpo expedicionario perdido en esa gran ciudad, lejos de Orizaba, más lejos todavía de Veracruz é impotente, dados los pocos hombres que le componían, para sostener relaciones con la escuadra? Las tropas mexicanas, que se hubieran reunido á corta distancia, á las que habrían venido á reforzar los diversos cuerpos de los jefes liberales, habrían vuelto á acosar á los vencedores de un día y tarde ó temprano habrían dado cuenta con un puñado de hombres aislado en país enemigo.

Ya no era posible forjarse ilusiones. Si las tropas francesas no estaban destinadas más que á servir de espantajo á los partidarios del gobierno Juarista, y si su marcha hacia México debía contar con la adhesión casi unánime de las poblaciones, eran lo suficientemente numerosas para lograrlo. Sobre esta base había calculado el gobierno francés y animado por esa convicción había marchado el general Lorencez hacia adelante. Desde el momento en que tropezaba con resistencias, ya no era asunto de simple manifestación militar el que se traía entre manos, sino de una verdadera campaña; y en tal concepto, no era con siete mil hombres con lo que habría de esperarse poder derrotar á fuerzas susceptibles de elevarse hasta setenta mil y someter un país cinco ó seis veces más extenso que Francia.

La verdad estallaba por manera brusca y las ilusiones abandonaban aún á los más confiados. Jamás había sabido la verdad el gobierno francés: por lo menos, no había querido verla, en su empeño de prestar más crédito á los decires de su ministro que á los del general Prim, del Almirante Jurien de la Graviere y de algunos espíritus serenos que trataban de informarle. Por su parte, el general Lorencez había resultado todavía más engañado por M. Dubois de Saligny; y el engaño recaía no sólo acerca de las disposiciones de los habitantes, sino también acerca del valor del ejército mexicano. Como quiera que sus esperanzas se desplomaban de mayor altura, puesto que se

había dejado mecer presta y completamente por la idea de ser "el amo de México," el desengaño le produjo viva irritación, y desde el día siguiente de su vuelta á Orizaba tuvo empeño de explicarse con su cuerpo de ejército, en orden del día que le dirigió:

"Vuestra marcha hacia México ha sido detenida por obstáculos materiales que debíais estar bien lejos de esperar, según los informes que nos habían sido suministrados; cien veces se nos repitió que la ciudad de Puebla nos llamaba ardientemente y que la población habría de precipitarse á vuestro encuentro para cubriros de flores.

"Nos hemos presentado ante Puebla, con la confianza que nos inspiraran esas engañosas seguridades. La población estaba erizada de barricadas y dominada por una fortaleza en la que habían sido acumulados los elementos de defensa. Nuestra artillería de campaña era insuficiente para abrir brecha en las murallas; pero, confiados en vuestra propia intrepidez, os precipitásteis, sin vacilación, sobre fortificaciones defendidas con artillería y triple fila de fusiles....."

"Soldados y marineros, el 5 de Mayo habéis dado prueba de un valor heróico....."

Apenas se había restablecido el cuartel general en Orizaba, cuando los mexicanos, no obstante su fracaso de Barranca Seca, resolvieron atacar á los franceses, esperando desalojarlos y poder de esa suerte dar cuenta con los invasores antes de que pudiesen llegar los refuerzos.

El general Zaragoza, cuya división había tomado el título pomposo de ejército de Oriente, llegó el 12 de Junio á Tecamahucan, población que dista unos 16 kilómetros de Orizaba. Imaginándose que el general Lorencez y los soldados de su mando se hallaban completamente desmoralizados por la falta de éxito de la expedición, y conocedor de los desacuerdos que habían surgido entre dicho general y M. Dubois de Saligny, le invitó á evacuar el país, proponiéndole una capitulación:

"Tengo datos para creer que Ud. y los jefes y oficiales de la división de su mando, han remitido una protesta al Emperador contra la conducta del ministro Saligny por haberos arrastrado con engaño á una expedición contra un pueblo que antes de ahora ha sido el mejor amigo del pueblo francés. Esta cir-

constancia, y el conocimiento de la situación difícil que guarda el ejército francés y el deseo de procurarle una retirada honorífica, me deciden á proponer á Ud. una capitulación cuya base sea la evacuación del territorio de la República en un tiempo convenido. Creo que mi gobierno no reprobará este nuevo llamamiento á la paz; porque sin traslimitar mis atribuciones puede evitar el derramamiento de sangre de los hijos de las dos naciones á quien solo el error y la intriga han podido hacer aparecer como enemigos, y este pensamiento ha sido, el del Gabinete constitucionalista desde el principio de la invasión.

"Si no se acepta este ofrecimiento, hecho á la parte de los franceses que vienen de buena fé, habré llenado mi último deber en la vía humanitaria, y procederé á cumplir con las órdenes que tengo, pesando entonces la responsabilidad de lo que venga, sobre los que se han obstinado en una empresa condenada por la razón y la justicia.

"Cuartel general de Tecamahucan, Junio 12 de 1862.—(Firmado.)—Ignacio Zaragoza.—Señor general en jefe de las fuerzas francesas en México.—Orizaba."

Cualquiera que fuese el disgusto del general Lorencez contra M. Dubois de Saligny, nada dejó que de él se trasluciese y entregó al parlamentario que le llevara la carta del general mexicano, esta lacónica respuesta:

"El General Comandante de las tropas francesas en México, no se encuentra revestido de los poderes políticos de su gobierno, que este ha conferido á M. de Saligny; por lo tanto, le es imposible entrar en la senda de las negociaciones que le propone el señor General Zaragoza. El ministro de Francia es el único que tiene competencia para recibir insinuaciones de esa naturaleza.—El general conde de Lorencez.—Orizaba 12 de Junio de 1862."

Amenazada por fuerzas superiores, la guarnición de Orizaba preparó su resistencia, formando por medio de fosos y de barricadas un reducto en el centro de la población, cuyas puertas de entrada protegió por medio de cortaduras. No se descuidó sino una cosa que fué el ocupar la cumbre del cerro del Borrego, colina de cerca de 300 metros de altura que domina la ciudad y cuya pendiente es por tal manera vertical que pudo creerse inaccesible tanto para el enemigo como para los france-

ses. Los contrafuertes de este cerro tenían tanto bosque que parecían impenetrables.

Sin embargo, las tropas mexicanas del general Ortega lograron abrirse paso por ahí. Cuando se advirtió su presencia, la noche del 13 de Junio, merced á un reconocimiento verificado por el norte de la ciudad por el general aliado Taboada, la sorpresa fué grande.

Ella podía constituir un peligro considerable para el ejército francés: el general Lorencez resolvió apartarlo á cualquier precio, y para el efecto dió orden de que se ocupase inmediatamente el Borrego.

Una compañía del 99^o de línea fué designada para ejecutar ese audaz golpe de mano. La mandaba un oficial del mayor mérito, ascendido á capitán pocos días antes del combate de Barranca Seca: M. Détrie.

Lo mejor que aquí podemos hacer es cederle la palabra, porque su informe es una página de elocuente sencillez, que hace resaltar, mejor de lo que podríamos hacerlo nosotros, la bravura y la sangre fría del jefe y de los soldados. Se les apreciará con mayor justicia, sabiendo de antemano que el efectivo de la compañía no pasaba de ochenta hombres.

“Mi comandante: tengo el honor de dirigir á Ud. un informe detallado, relativo al combate que se libró durante la noche del 13 al 14 de Junio de 1862 bajo los muros de la ciudad de Orizaba.

“De conformidad con la orden que yo había recibido de ir á ocupar la posición que se encuentra sobre la montaña situada á la derecha de la puerta de Puebla, partí de Orizaba á la media noche con la tercera compañía que tengo el honor de mandar; como la posición podía hallarse ocupada por el enemigo y como, por lo demás comprendía toda la importancia de la misión que se me confiara, tomé las disposiciones siguientes:

“Cuando me hube hallado al pié de la montaña, hice que se me adelantaran solo dos hombres y que mi compañía siguiera de uno en uno exigiendo de todos modos el mayor silencio. Llegado á cerca de treinta metros del punto dominante, reemplacé á esos dos hombres por cuatro ojeadores, á las órdenes del furriel. Llevaban por misión la de marchar desplegados, espa-

ciados tanto cuanto lo permitiera el terreno y de estar preparados para cualquiera eventualidad y sobre todo de detenerse á pocos metros de la cima para tomar aliento y conservar todo el vigor, á fin de llevar á feliz término el rudo golpe de mano que yo meditaba, y de evitar, por medio de la prontitud, que el enemigo nos hiciera fuego.

“La noche estaba oscura y apenas permitía que un hombre se viese á la distancia de tres metros. Mis tiradores pudieron llegar hasta la planicie sin ser notados y como yo llegara también con algunos hombres de la derecha de mi compañía, el furriel me hizo saber que se oía ruido en un bosquecillo, preguntándome si era preciso disparar. No suponiendo que la posición estuviese ocupada por el enemigo, prohibí tirar, pensando buenamente que algunos habitantes de Orizaba habían huído, retirándose á la montaña. Pero apenas habían avanzado algunos pasos, recibieron una fuerte descarga, que felizmente no hirió á nadie.

“Entonces, ellos se precipitan vivamente sobre el enemigo, llegan á la cresta y emprenden el combate.”

“Viendo que la posición estaba ocupada por mis tiradores, hice echar en tierra las mochilas y me lancé adelante con el sargento mayor Gat y algunos hombres de la derecha de mi compañía, pues los otros no llegaban aún. Me encontré frente á un enemigo muy numeroso que trataba de recobrar del furriel Cros una pieza de artillería que había tomado con sus cuatro hombres, de los que tres acababan de ser heridos. Los pongo en fuga, y como llegaran algunos individuos de los de la izquierda, pude ordenar: “¡Adelante, á la bayoneta!” El enemigo, desmoralizado al principio por un ataque tan brusco, quiere tomar la ofensiva con fuerzas muy numerosas, pero Sombret llega con los hombres que han podido seguirle. Viendo entonces casi toda mi gente reunida, me lanzo de nuevo sobre el enemigo, y, por más que éste defiende su posición palmo á palmo, le hago retroceder empujándole cerca de una hora, sin que logre detenerme un instante.

“Llegado al pié de la segunda montaña y viendo como las fuerzas del enemigo aumentaban en lugar de disminuir, y no teniendo sino algunos hombres á mi alcance [M. Sombret, el sargento mayor, el furriel y los dos sargentos estaban heridos,]

no me atreví á empujar más, temeroso de que el enemigo notase la debilidad de mi efectivo y cayese sobre mí.

“Entonces hice emboscar á los hombres que quedaban disponibles, recomendándoles que mantuvieran la posición y que no retrocedieran por pretexto alguno; estaba seguro de que el fuego había sido oído y de que no tardaría en recibir refuerzo. Me quedé en esa posición durante hora y media. A las tres y media llegó la segunda y, cuando me ví más fuerte, tomé las disposiciones siguientes á fin de terminar y echar á rodar definitivamente al enemigo:

“Tomé de la segunda al furriel y al sargento: cada uno de ellos mandaba diez hombres y debía marchar á algunos metros debajo de la cresta superior, uno á la derecha, el otro á la izquierda, de modo que desalojaran al enemigo, que seguía emboscado delante de nosotros, emprendiendo el combate con él. Hallándose dispuestas la tercera y la segunda, ordené: “Adelante, á la bayoneta!” El enemigo no pudo resistir á semejante ataque: rechazado dos veces, vuelve á la carga, se junta y nos recibe con un fuego terrible; pero viéndole por tierra por todas partes, incito á mis hombres á caerle encima, á la bayoneta sin tirar. Pero en el mismo instante recibo una herida que no me permite ir más lejos. Sin embargo, estaba seguro que la posición era nuestra.....”

Como comentario, no añadiremos sino esto: la segunda compañía contaba con cerca de 70 hombres que, junto con los 80 de la tercera formaban un total de 150 hombres. Los mexicanos que ocupaban el cerro del Borrego eran más de dos mil.

La heroica acción del capitán Détrie tuvo gran importancia al día siguiente.

El 14 por la mañana, Zaragoza, que contaba con el apoyo de Ortega, abre el fuego sobre la parte occidental de Orizaba. Pero le responden del Borrego: ¿Ortega ha sido, pues, desalojado? Las granadas vienen, en efecto, de los obuseros de que Détrie se apoderó la noche precedente y con los cuales dirige sus tiros contra las tropas de Zaragoza. De esta manera desagradable supo éste el éxito de la víspera, pequeña revancha del ataque de Guadalupe.

Desengañado de la ilusión de sorprendernos, “el ejército de Oriente” no piensa sino en la retirada. Levanta el campo á la

noche siguiente toma el camino de Puebla, donde, á su vez, se ocupa en fortificarse seriamente, previendo que los franceses, que ya conocen el camino, volverán algún día.

El 15 de Junio, el general Almonte, que se había quedado con el cuerpo expedicionario, creyó de su deber subrayar la derrota de los generales juaristas y hacer un nuevo llamamiento al país. Dirigió á sus conciudadanos una proclama, cuyos términos ampulosos y redundantes parecerían muy exagerados, si no se tuviese en cuenta que fué escrita en español y para antiguos súbditos españoles:

“D. Juan N. Almonte, jefe supremo interino de la Nación, á sus conciudadanos.—Mexicanos: Dos grandes acontecimientos han tenido lugar ayer en las inmediaciones de esta ciudad. El ejército juarista, al mando de los jefes demagogos más afamados y ameritados por sus crímenes contra la sociedad, se presentó amenazante haciendo con imprudente arrogancia intimaciones altaneras al valiente y pundonoroso general en jefe de las fuerzas francesas. La más completa derrota por ciento cincuenta bravos soldados del Regimiento 99, á las órdenes del intrépido y valiente capitán Détrie, á cuatro mil de la afamada división de Zacatecas; ha sido la respuesta que el ejército del Emperador de los franceses ha dado á las hordas vandálicas que lo creían acobardado. Zaragoza ha levantado furtivamente y en la obscuridad de la noche su campamento, colocado frente al nuestro con arrogante aparato de hostilidad, y marcha en desorden y precipitadamente, perseguido de cerca por la caballería nacional, á repasar por cuarta vez y tan vergonzosamente, como las otras, las para él tristemente memorables Cumbres de Acultzingo. Los generales y jefes liberales González Ortega, héroe de Calpulálpam, Alatorre, Alcocer, Pedraza, Colombres y otros han encontrado humilde sepulcro en el cerro del Borrego, y ésta ciudad, que llena de confianza en el valor y entusiasmo del ejército franco-mexicano que la guarnece, presencié la lucha, ha podido convencerse de la impotencia de aquellos que en su ferocidad juzgaron dar á sus tropas, con la esperanza del saqueo de la población, el valor que no les inspira la infamante causa que defienden.—Mexicanos: Igual suerte á la que ha cabido á la llamada heroica y ameritada división de Zacatecas y